5860

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

JAQUE Á LA REINA

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA

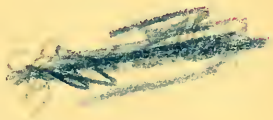
ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

ELADIO MONTERO

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el día 14 de Marzo de 1901.



MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1901

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/jaquelareinazarz13823mont

JAQUE Á LA REINA

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

ELADIO MONTERO

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el día 14 de Marzo de 1901.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1901

REPARTO

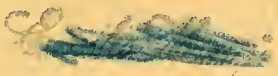
PERSONAJES	ACTORES
La Reina de Iliria... ...	D.ª Joaquina Pino.
La Camarera mayor.....	» Carmen Fernández.
El primer Ministro.....	D. Manuel Rodríguez.
Un Síndico.....	» Emilio Carreras.
Un Cesante.....	
Un Periodista..... ...	» José Ontiveros.
Un Vendedor de periódicos	» Emilio Mesejo.
Un Comerciante..... ...	» Vicente Carrión.
Un Propietario.	» Anselmo Fernández.
Un Labrador....	» Isidro Soler.
Un Comisario..	» Melchor Ramiro.
Un Oficial...	» Antonio Pérez Juste.
Guardia 1.º.	» Tomás Codorníu.
Guardia 2.º...	» Manuel Sánchez.

Un ayudante y tres oficiales que no hablan.

Soldados, damas y caballeros de la corte.—Comerciantes é industriales representantes de los gremios.— Pajes.—Guardias.—Hombres y mujeres del pueblo.

.....

La acción en el Estado imaginario de Iliria.
Derecha é izquierda las del actor.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Gran salón de Palacio.

ESCENA I

UN OFICIAL paseándose por el foro. EL PRIMER MINISTRO, que sale por la primera derecha. Luego LA CAMARERA MAYOR por el foro izquierda.

MINISTRO. Buenos días, señor Moncada.
OFICIAL. (Saludando militarmente.) A la orden de vuecencia.
MINISTRO. Y Su Majestad, ¿está visible?
OFICIAL. Tengo orden de no dejar pasar á nadie.
MINISTRO. ¿Ni al primer Ministro?
OFICIAL. A nadie absolutamente.
MINISTRO. Pues es una tecla, porque el asunto que me trae es de verdadera importancia.
OFICIAL. Aquí viene la Camarera mayor, que podrá influir para que se deje el paso á vuecencia.
MINISTRO. ¡Hombre, me alegro!
CAMAR. (Saliendo.) Felices, señor Conde.
MINISTRO. ¡Marquesa!...

609565

CAMAR. ¿Cómo tan de mañana en Palacio? ¿Viene usted á presentar la dimisión definitivamente?

MINISTRO. Hoy no, porque tal vez me la admitirían, y ya sabe usted que no la traigo más que cuando sé que no me la admiten.

CAMAR. Pues ¿qué pasa?

MINISTRO. Algo muy grave que interesa por igual á la monarquía y al Gobierno.

CAMAR. ¡Jesús! Me pone usted en cuidado.

MINISTRO. Está ahí una numerosa comisión de los gremios, pretendiendo que Su Majestad oiga sus quejas.

CAMAR. Vamos, ¿y viene usted á presentarla?

MINISTRO. Al contrario; vengo á decir á Su Majestad que no la reciba. Esos pelafustanes, no contentos con armar un motín cada día y crearnos un conflicto cada semana, se atreven á llegar á las gradas del trono pidiendo un cambio radical en la política.

CAMAR. ¿Y si tuvieran razón?...

MINISTRO. ¡Qué han de tener, señora! Los pueblos no tienen nunca razón contra los ministros. ¡Esa es la buena teoría gubernamental, sostén de las naciones cultas.

CAMAR. Pues yo no puedo ahora anunciar la visita de usted, porque Su Majestad está gravemente ocupada en negocios de alta trascendencia.

MINISTRO ¡Hola!

CAMAR. Sí, señor; está organizando con el montero mayor una cacería en Monte-Oscuro, para que la corte se divierta durante una semana.

MINISTRO. ¡Magnífica idea! Esperaré á que se vaya el montero mayor.

CAMAR. Es que luego entrará el intendente, para disponer un gran baile en Palacio.

MINISTRO. Me parece muy bien. Aguardaremos la salida del intendente.

CAMAR. Es que en seguida pasará el presidente de la Academia de Artes inútiles, que viene á pedir un jarrón de porcelana para que sirva de primer premio en los juegos florales de no sé dónde.

MINISTRO. ¡Pero eso no se va á acabar nunca!

CAMAR. Eso creo yo. Y lo mejor será que reciba usted á la comisión en nombre de Su Majestad.
MINISTRO. Es lo que iba á tener el honor de proponer á la Reina.
CAMAR. ¡Es usted un lince, señor Conde!
MINISTRO. ¡Y usted una linza, señora Marquesa!
CAMAR. ¡Beso á usted la mano! (Vase por donde salió.)
MINISTRO. A los pies de usted.. (Al Oficial.) Diga usted á esos sujetos que pasen. (Vase el Oficial por la última derecha.) Vienen á quejarse de mí, y soy yo quien los recibe. ¡Este sistema de gobernar tiene unas ventajas aplastantes!

ESCENA II

EL PRIMER MINISTRO. Sale EL OFICIAL por donde se fué, guiando á EL SÍNDICO, UN PERIODISTA y CORO DE REPRESENTANTES DE LOS GREMIOS; saluda, y se va por el foro izquierda.

Música.

CORO. (Haciendo reverencias al primer Ministro)
Con el mayor respeto
debido á la corona,
que así nos menosprecia,
que así nos abandona,
venimos á quejarnos
ante Su Majestad
de que ya no tenemos
orden ni libertad.
MINISTRO. ¡Qué atrocidad!
CORO. ¡Es la verdad!
Lo probaremos.
MINISTRO ¡Hablad! ¡hablad!
SÍNDICO. (Adelantándose.) Cada lugar ó población
tiene su rey particular
que á palos hace la elección
y no nos deja respirar.
A cada paso hay un motín,
por cada cosa hay un belén

y los que pagan el festín
no comen nunca mal ni bien.
Y si nos quejamos
vienen y nos dan...
¡la noticia fresca
de que sube el pan!

MINISTRO. ¡No exageréis!

CORO. ¡Es la verdad!
Lo probaremos.

MINISTRO. ¡Hablad! ¡hablad!

SÍNDICO. Los sueldos gordos á granel
por influencias dan aquí,
y se hacen barcos de papel
y fortalezas de *biscuit*.
En cada esquina hay un ladrón,
no hay verdadera autoridad
y el que dispone de un millón
hace su santa voluntad.
Y si protestamos
de la situación,
van y nos aumentan
la contribución.

CORO. Con el mayor respeto
debido á la corona,
que así nos menosprecia,
que así nos abandona,
cayendo de rodillas
ante Su Majestad.
á demandar venimos
justicia y libertad.

Hablado.

MINISTRO. Está bien, señores. Haré presentes á la Reina vuestras reclamaciones y en el primer Consejo las tendremos en cuenta.

SÍNDICO. Tantísimas gracias; pero eso mismo nos ha dicho vuecencia muchas veces.

MINISTRO. Eso les probará que no soy de los que dicen una cosa hoy y otra mañana.

PERIOD. (Aparte al Síndico.) El primer Ministro tiene razón. Un día y otro no dice más que vaciedades.

SÍNDICO. (Airado) Es que nosotros no podemos esperar más...

MINISTRO. ¡Cómo! ¿Amenazas?

SÍNDICO. Digo que no podemos esperar más que esa contestación de labios de vuecencia. Pero la gente está muy alborotada, ¿verdad? (Á los otros.) El comercio está perdido, ¿verdad? (Idem.) La industria no prospera, ¿verdad? (Idem.) La prensa no es libre, (Al periodista) ¿verdad?

MINISTRO. La verdad es que también ustedes dicen siempre lo mismo.

SÍNDICO. Mire usted, digo, mire vuecencia. Este (Señalando á uno del grupo) ha montado una gran fábrica de botones para pechera. Bueno, pues ¿á que no sabe vuecencia por qué no vende? Porque se le han quedado todos los parroquianos sin camisa por culpa del Gobierno.

MINISTRO. ¿Sí, eh?

SÍNDICO. Este otro tiene una tierra de labor en Villapánfila y este año ha plantado en ella melones. ¿A que no sabe vuecencia lo que ha salido?

MINISTRO. Melones.

SÍNDICO. No, señor, pepinos. Todos le han salido pepinos.

MINISTRO. ¿También por culpa del Gobierno?

SÍNDICO. Naturalmente.

MINISTRO. ¿Y usted á qué se dedica?

SÍNDICO. ¡Ah! Yo tengo un gran almacén de cristales.

MINISTRO. Pues de eso hay gran consumo.

PERIOD. Como que en cuanto se solivianta la gente, lo primero que hace es romper faroles y vidrieras.

SÍNDICO. Pero es que los míos son cristales ahumados para los eclipses, y esa industria no está suficientemente protegida, porque no hay eclipses casi nunca, como vuecencia sabe. Y en cuanto á la prensa...

PERIOD. ¡Oh! La prensa está amordazada, cohibida... ¡No puede hablar de nada!

MINISTRO. ¿Cómo que no? ¿Quién se mete con los folletines, ni con las charadas, ni con la sección de cultos?

PERIOD Pero eso no basta para saciar la voracidad pública. Necesitamos un crimen cada día, un cambio de ministerio cada mes y un cambio de régimen cada dos años.

MINISTRO. Bien; pues, como he dicho antes, procuraremos complacer á todos ustedes.

SÍNDICO. No olvide vuecencia que necesitamos eclipses, melones, camisas y una rebaja de quinientos millones en el presupuesto.

PERIOD. Y crímenes.

MINISTRO. Señores, la audiencia ha terminado (Indicándoles la salida.)

SÍNDICO. (Al periodista.) Ya lo ve usted, Angúlez; no nos hacen caso. Puede usted anunciar que nos echamos á la calle.

PERIOD. ¿Que se echan ó que les echan á ustedes?

SÍNDICO. A la orden de vuecencia. (Saludan todos y se van por donde han salido, quedando el periodista en escena con el primer Ministro.)

PERIOD. ¿Qué le parece á vuecencia que diga en el periódico?

MINISTRO Pues ya lo ha visto usted: que la Reina no ha podido recibir á los señores de la comisión por estar ocupada en negocios de Estado, pero que yo les he oído con mucho gusto y que ellos han salido altamente satisfechos de la entrevista.

PERIOD. Eso no necesito escribirlo. Tenemos el suelto compuesto en la imprenta. (Marchándose.) ¡Ah! ¡Cuando subamos nosotros! (Vase por donde los otros.)

MINISTRO. Ea, por hoy hemos parado el golpe. Sin embargo, bueno será avisar al jefe militar para que se acuartelen las tropas. Al pueblo le gusta leer de vez en cuando un suelto que diga: «El Gobierno toma precauciones», y esta medida á nadie molesta si no es á las novias de los oficiales.

OFICIAL. (Por el foro izquierda. Anunciando.) ¡La Reina!

MINISTRO. ¡Diantre! ¡Ahora la Reina!

ESCENA III

EL PRIMER MINISTRO. Van saliendo por el foro izquierda GUARDIAS, PAJES y DAMAS, y por último LA REINA, seguida de LA CAMARERA MAYOR y una escolta de OFICIALES.

Música.

CORO.

Siempre rebosa
felicidad,
siempre está hermosa
Su Majestad.
Es un modelo la soberana
en la prudencia y en la virtud;
cuando aparece, fresca y lozana,
la vitorea la multitud.
Siempre rebosa
felicidad,
siempre está hermosa
Su Majestad.

REINA.

No es verdad...
no es verdad...
Que á veces en mi solio
me impiden ser feliz
las quejas de mis súbditos
que llegan hasta mí.
Aunque á la corte
nada le importe
lo que en las calles
pueda pasar,
y aunque haya fiestas
siempre dispuestas,
yo de la calma
no he de gozar.
Que en el espacio,
junto á Palacio,
ronco y terrible
zumba el cañón,
y hasta sus puertas
llegan inciertas

las convulsiones
de la nación.

CORO. Señora, vuestros vanos
temores desechad,
que adoran vuestros pueblos
á Vuestra Majestad.

REINA. No es verdad...
no es verdad...
Que á veces en mi solio
me impiden ser feliz
las quejas de mis súbditos
que llegan hasta mí.

CORO. Es un modelo la soberana
en la prudencia y en la virtud;
cuando aparece, fresca y lozana,
la vitorea la multitud.

OFICIAL. ¡Viva la Reina!

TODOS. ¡Viva!

Hablado.

REINA. Felizmente está aquí mi primer Ministro. Adelantaos, señor Conde.

MINISTRO. Señora...

REINA. Explicadnos á qué obedece el descontento que, según dicen, existe en mis Estados.

MINISTRO. Perdóneme Vuestra Majestad; pero no hay descontento.

REINA. ¿En qué consiste, entonces, que con tanta frecuencia haya que ahuyentar las turbas á cañonazos?

MINISTRO. ¿A cañonazos? Pero ¿ha oído Vuestra Majestad cañonazos?

REINA. Muchas veces.

MINISTRO. ¡Ah! Salvas que se hacen en honor de Vuestra Majestad.

REINA. ¿Y los gritos sediciosos?

MINISTRO. ¿Los gritos? Cosas de cuatro desharrapados que se entretienen en eso sin saber lo que hacen.

REINA. Pero ¿no están demasiado recargados los tributos?

MINISTRO. No mucho, señora; lo suficiente para recompensar á los fieles servidores del Estado.

REINA. Usted, por ejemplo, parece que reúne bastantes sueldos como consejero mío, como consejero de algunas empresas y como consejero de medio mundo.

MINISTRO. Tengo la honra de que reclamen mis servicios las fuerzas vivas del país.

REINA. De modo que, según usted, la nación está tranquila.

MINISTRO. Como una balsa de aceite, señora.

REINA. Y los ciudadanos contentos.

MINISTRO. Como unas castañuelas, señora. Se pasan los días bendiciendo á Vuestra Majestad y al Gobierno que presido.

REINA. Pues sea enhorabuena.

MINISTRO. Gracias, señora. (Se oyen voces y tumulto dentro, pero de manera que se oiga el diálogo.)

REINA. ¿Oís? ¿Qué es eso?

CAMAR. La algarada de todos los días.

MINISTRO. Gente desocupada que sale á paseo por las calles. (Arrecia dentro el tumulto. Se oyen algunos vivas y mueras ininteligibles.)

REINA. ¿Muera? ¿Dicen que muera?

MINISTRO. No, no, ¡viva! ¡Creo que han dicho viva!

REINA. Id, id en seguida y enteraos de lo que ocurre.

MINISTRO. A la orden de Vuestra Majestad. (Vase foro derecha.)

ESCENA IV

DICHOS menos EL PRIMER MINISTRO.

REINA. Vamos, señoras, caballeros; hablad vosotros. ¿Qué ocurre? (Pausa.) ¡Cómo! ¿Nadie contesta? ¿Es posible que ninguno de vosotros sepa nada? ¡La verdad pronto! ¡La Reina necesita saber la verdad!

CAMAR. Señora...

REINA. Gracias á Dios que alguien se decide á romper el silencio. Habla.

CAMAR. La verdad se detiene siempre á la puerta de Palacio.

REINA. ¡Cómo! ¿De modo que no puede llegar á mí de ninguna manera? ¿No hay forma de que yo pueda enterarme de lo que pasa? (Pausa. La Camarera se encoge de hombros.) ¿Todos calláis? ¿No sabe nada ninguno? Pues bien, si la montaña no viene á nosotros, nos queda el recurso de ir nosotros á la montaña.

CAMAR. ¿Qué decís, señora?

REINA. Que puesto que la verdad no se atreve á penetrar en Palacio para que la conozça la Reina... ¡la Reina irá á buscarla á la calle!

CAMAR. Pero piense Vuestra Majestad...

REINA. ¡Silencio! Caballeros, señoras, todos los servicios se harán como si la soberana estuviese presente. ¡Me respondéis del secreto con vuestras cabezas! (Hace un ademán indicando que despejen y vase, seguida de la corte. Música, que enlaza con el número siguiente.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Decoración de plaza.

ESCENA I

UNA PATRULLA DE OCHO SOLDADOS, UN TAMBOR y UN OFICIAL, saliendo por la primera de la izquierda, cruza el escenario y desaparece por la última derecha. Marchan á son de tambor. En cuanto se van los soldados, asoman por distintos sitios UN PROPIETARIO, UN COMERCIANTE y UN LABRADOR, que se reúnen en el centro de la escena, examinando antes los alrededores cautelosamente.

Música.

LOS TRES. Ocho soldados
y un oficial
van publicando
la ley marcial.
Andemos todos
con precaución,
que está en peligro
la situación.

COMERC. Con los alborotos
no se vende nada.

PROPIET. Ni se come á gusto
ni se duerme bien.

LABRAD. Veinte mil fanegas
de trigo y cebada
tengo detenidas
en el almacén.

COMERC. Hay que hacer un esfuerzo colosal.
PROPIET. Hay que dar al conflicto solución.
LABRAD. Ha de ser la protesta general.
LOS TRES. Para ver si se salva la nación.
COMERC. Yo tengo veinte
comprometidos.
PROPIET. Yo veinticuatro.
LABRAD. Yo treinta y tres.
COMERC. Yo con los dientes
iré á la lucha.
PROPIET. Yo con las manos.
LABRAD. Yo con los pies.
LOS TRES. Esto ya no se puede sufrir,
esto ya no se debe aguantar.
y al Gobierno debemos decir
que ninguno queremos pagar.
Hoy nos presentan
otro padrón
para una nueva
contribución.
Cuando mañana
vengan por él,
daremos todos
antes la piel.
Porque preferimos
la revolución
á que nos suspendan
la alimentación.
Que esto ya no se debe sufrir,
que esto ya no se puede aguantar,
y al Gobierno debemos decir
que ninguno queremos pagar.
COMERC. ¡No!
PROPIET. ¡No!
LABRAD. ¡No!
LOS TRES. ¡No queremos pagar!

Hablado.

LABRAD. Bueno, y ¿quién va á hacer el programa?
COMERC. El programa ya está hecho. ¡Orden, moralidad y economías!

LABRAD. Y ¿quién es el caudillo que va á defender esa bandera?

PROPIET. Yo tengo un pariente que ha sido cuatro años representante del municipio.

LABRAD. Y ¿servirá ése?

PROPIET. ¡Ya lo creo que sirve! ¿Dónde se van á buscar la moralidad y las economías sino en el Ayuntamiento?

ESCENA II

DICHOS. UN CESANTE por la primera izquierda.

CESANTE. Pido la palabra.

PROPIET. ¡Eh! ¿Quién es?

CESANTE. Servidor. Uno de los vuestros.

COMERC. ¿Comerciante?

LABRAD. ¿Industrial?

PROPIET. ¿Propietario?

CESANTE. No, aspirante. Aspirante á propietario, nada más. Y estoy descontento porque no lo consigo nunca.

COMERC. ¿Ha sido usted empleado?

CESANTE. Sí, señor; cuatro meses. Pero me echaron en seguida.

PROPIET. Y ahora ¿qué hace usted?

CESANTE. Lo que hacen todos los que han sido empleados cuatro meses; pretender que me repongan. Pero no me hace caso nadie y estoy decidido á conspirar para destruir todo lo existente.

LABRAD. Sí; hay que acabar con todo.

COMERC. Con todo.

LABRAD. Porque, desengáñese usté, amigo, la agricultura está pereciendo.

CESANTE. Sí, ¿eh? Ya lo decía yo. ¡Por eso hace tanto tiempo que no tropiezo con un garbanzo!

PROPIET. ¿Usted cree que se puede tolerar el nuevo impuesto sobre la renta?

CESANTE. ¡Ah! pero ¿hay eso?

PROPIET. Sí; señor, y el Ministro piensa recargarlo.

CESANTE. Pues diga usté que me pone en un compromiso. Porque ¿de dónde saco yo la renta para pagar el impuesto?

COMERC. Y aunque eso no fuera; dos cosas sostienen al hombre, el pan y los derechos individuales, ¿verdad?

CESANTE. Justo.

COMERC. Pues debemos pedir los derechos.

CESANTE. Y el pan. No hay que despreciar el pan, amigo.

PROPIET. Eso es lo accesorio. En cualquier parte dan un guisado por cinco sueldos.

CESANTE. Bueno, pero ¿y dónde dan los cinco sueldos?

COMERC. En cuanto triunfe la revolución tendrán el premio los que hayan hecho sacrificios por ella.

CESANTE. Yo haré todos los sacrificios que hagan falta.

LABRAD. Es que el que conspira debe ser capaz de todo.

CESANTE. De todo

LABRAD. Hasta de comerse los niños crudos.

CESANTE. Yo no sólo los niños crudos, sino perdices escabechadas. ¿Tardará mucho en triunfar la revolución?

COMERC. Dentro de un rato se dará el grito.

CESANTE. ¿Qué grito? (El Comerciante le habla al oído.) ¿Que muera quien? (Lo mismo.) ¡Qué barbaridad!

COMERC. ¿Se asusta usted?

CESANTE. ¿Yo? ¿Asustarme yo? Avísenme ustedes cuando llegue el momento.

COMERC. ¿Dónde?

CESANTE. En el paseo de los Olmos, tercer banco á mano derecha, tienen ustedes su casa.

PROPIET. (Viendo venir al Periodista.) ¡Chist! ¡Mucho cuidado!

ESCENA III

DICHOS. EL PERIODISTA por la primera izquierda.

PERIOD. (Sale escribiendo con lápiz en unas cuartillas.) «A la hora de cerrar esta edición, las patrullas recorren tranquilamente las calles solitarias. El

motín del mercado, dirigido por la célebre Garduña...» (Viendo á los que están en escena.) ¡Hola, señores!

LABRAD. Felices.

PERIOD. ¿Pueden ustedes darme alguna noticia de interés?

PROPIET. Nada; no ocurre nada.

PERIOD. ¿Cómo que no? Pues se dice que hay gran excitación entre ustedes.

PROPIET. Puede ser, pero...

PERIOD. Vaya, ustedes desconfían de mi. Temen una indiscreción, ¿no es eso? Pues vean ustedes mis notas: (Leyendo.) «Reina gran descontento entre las dignísimas clases industriales y mercantiles—fíjense ustedes bien, *¡dignísimas!* —con motivo de los nuevos planes del ministro de Hacienda.»

PROPIET. Pues yo no sé nada. (Vase afectando indiferencia.)

COMER. Nada. (Idem.)

LABRAD. No sabemos absolutamente nada. (Idem. Los tres se marchan cada uno por distinto lado.)

CESANTE. Yo sí sé algo; pero no le importa á usté, porque no soy clase productora

PERIOD. Pues ¿qué es usté?

CESANTE. (Llevándoselo á un lado y con mucho misterio.) Soy... forastero. (Vase primera derecha haciéndole signos de inteligencia.)

PERIOD. ¡Hola! Desdeñáis el apoyo de la prensa, ¿eh? Pues ahora veremos. (Escribiendo.) «Coméntase mucho en todos los círculos el desaire hecho por cuatro tenderos insignificantes á un eminente publicista y queridísimo amigo nuestro, llamado por su talento, por su actividad y por su inteligencia á ocupar un elevado puesto en la política.»—¡Esto sí sale, vaya si sale! (Vase primera derecha.)

ESCENA IV

LA REINA y LA CAMARERA MAYOR. Ambas de vendedoras, llevando entre las dos una cesta con naranjas, por la tercera derecha.

REINA. (Dentro.) ¡Naranjas dulces! ¡La naranjera! ¿Quién quiere naranjas? (Saliendo.) Nadie; tampoco en esta plaza hay nadie. Hemos recorrido casi toda la población y en todas partes encontramos lo mismo, tristeza y soledad, patrullas de soldados y grupos de transeuntes recelosos... ¡Ah! Los señores consejeros del Estado de *Iliria* engañan á la Reina. La hacen creer en la felicidad del pueblo que, amenazado siempre, reprime á duras penas su disgusto... Pero algo grave se trama en estas callejuelas sombrías. Siento en el ambiente del arroyo, que ahora respiro por primera vez, efluvios de tormenta que es absolutamente necesario disipar. (Con inquietud.) ¿Viene alguien? Casi tengo miedo. Si me conocieran...

CAMAR. Nadie viene, señora.

REINA. Pero ¿quién va á conocerme? ¡Buen cuidado tiene la camarilla de que el pueblo no me vea la cara, para evitar que yo le vea la cara al pueblo!

ESCENA V

DICHAS. UN VENDEDOR DE PERIÓDICOS por la segunda izquierda. Al fin UN COMISARIO por el mismo sitio.

VENDED. (Voceando dentro.) *¡La Verdad! ¡El Clamor de Iliria!*

REINA. ¡Gente viene! ¡Volvamos á nuestro papel!

VENDED. (Saliendo.) *¡La Verdad! ¡El Clamor!* El quinto número de *El Puntapié*, que acaba de sa-

lir ahora. ¡Vaya una parejita de mujeres!... (Fijándose en la Reina.) ¿Qué hay, buena moza? ¿Se vende mucho?

REINA. Nada.

VENDED. Ni yo; y eso que la cosa está que arde. Pero como nadie se atreve á asomar las narices... ¿Me prestas un par de naranjas?

CAMAR. No fiamos.

VENDED. Bueno; pues vamos á hacer un cambio. Me dais las dos naranjas y yo os doy cuatro *Puntapiés*.

REINA. ¡Qué bruto!

VENDED. Te advierto que no sales perdiendo nada, porque los puedes vender á doble precio. ¡Está denunciao! (Bajando la voz.)

REINA. (Comprendiendo la equivocación.) ¡Ah, vamos! y ¿por qué está denunciao?

VENDED. Pero, chica, ¡tú vienes del limbo! ¡Si siempre le echan mano en cuanto sale! (Confidencialmente.) ¡Se mete con la Reina!

CAMAR. ¡Qué atrocidad!

VENDED. ¿Cómo atrocidad? ¡Hace bien, porque ella es la que tiene la culpa de todo! Y no me lleves la contraria porque te santiguo. (Amenazando á la Camarera mayor.)

REINA. Pero ¿tú qué sabes cómo es la Reina?

VENDED. Yo sé lo que dice todo el mundo. Que no oye al pueblo, que le dobla á fuerza de contribuciones, que no hay justicia más que para el que tiene padrino, y que los de arriba gastan y triunfan, mientras los de abajo echamos las entrañas.

REINA. ¡Hola! ¿Eso dicen?

VENDED. ¡Anda! ¡Y se va á armar buena!

REINA. ¿Sí? ¿Qué pasa?

VENDED. Pero ¿no habéis estado en el mercado?

REINA. Sí.

VENDED Pues entonces ya habréis visto la gresca.

CAMAR. ¡Oh! ¡Un escándalo!

VENDED. ¡Ya lo creo! El pan suyo de cada día: lluvia de hortalizas, palabras mayores y pedrea por todo lo alto. Pues lo gracioso no es eso.

REINA. Claro que eso no es gracioso.

VENDED. ¿Os habéis fijao en la que llevaba la voz cantante?

REINA. Sí, una buena moza, desgarrada, que echaba pestes contra todo.

VENDED. *¡La Garduña!* ¡La llaman *La Garduña!* Todas las verduleras y fruteras creen que lo que ella dice es la pura verdad; pero... yo estoy en el secreto.

REINA. ¿Eh? ¿Hay secreto?

VENDED. Te advierto que no lo sabe nadie. *La Garduña* hace eso que hace porque se lo manda la policía.

REINA. ¿La policía? No lo entiendo.

VENDED. Ni yo tampoco; pero la mitad de esos alborotos son de mentirijillas, y por fuerza tienen su intríngulis.

REINA. ¿Estás seguro?

VENDED. Me lo ha dicho una hermana suya que me mira con buenos ojos. A *La Garduña* la dan dinero por chillar contra el primer Ministro.

CAMAR. ¿Y á qué viene eso?

VENDED. ¡Chist, el Comisario! (Viéndole venir.) Veréis qué susto le doy. (Sale el Comisario, y al ir á cruzar la escena se acerca á él el vendedor.) Caballero, *La Verdad, El Clamor de Iliria...*

COMIS. Déjame de papeles...

VENDED. *El Puntapié*, denunciao... (Bajo y con malicia. El Comisario se vuelve airado.)

COMIS. ¡Ah, pillo! (Va á pegarle, y el vendedor huye corriendo y riéndose.)

ESCENA VI

LA REINA, LA CAMARERA MAYOR y EL COMISARIO.

COMIS. A ver, naranjeras.

CAMAR. Mande usted, señor.

COMIS. ¿Tenéis licencia?

REINA. Licencia, ¿para qué?

COMIS. ¿Para qué ha de ser? Para vender naranjas. ¿Os vais á hacer las tontas?

CAMAR. Perdone, señor; hemos empezado hoy el oficio, y no sabíamos que se necesitaba licencia.

COMIS. Pues se necesita, y se paga, que es lo importante.

REINA. ¡Ah! ¿Se paga por eso?

COMIS. Y por todo, hija, porque de alguna parte ha de salir lo que se gasta.

REINA. Y ¿no sería mejor gastar algo menos que sacrificar á unas pobres como nosotras?

COMIS. Ea, basta de conversación. A ver las naranjas.

CAMAR. (Presentando la cesta.) Son buenas y dulces.

COMIS. Pero, como yo me figuraba, no tienen el sello.

REINA. ¿Cuál?

COMIS. El de la comisaría. Debe tener uno cada una.

REINA. ¡Qué barbaridad!

COMIS. A la Hacienda le gusta que haya sellitos en todas partes.

REINA. ¿Que también cuestan el dinero?

COMIS. Naturalmente. Pero ¿vosotras venís de Babia ú os estáis burlando? Por de pronto, la mercancía está decomisada.

REINA. Y ¿qué es eso?

COMIS. Que el Estado, que soy yo, se queda con ella.

REINA. ¡Eso sí que no!

COMIS. ¿Eh? ¿Qué insolencia es ésa? ¡Venga eso! (Por la cesta.)

REINA. ¡Pero si es mío!

COMIS. Ya no es tuyo, porque la autoridad lo deposita en su propio seno.

REINA. Pero ¿quién manda semejante cosa?

COMIS. ¿Quién ha de ser? ¡La Reina!

REINA. (Estupefacta.) ¡La Reina!

COMIS. Conque, ea, andando á la comisaría. (Echa á andar.)

REINA. (Como obedeciendo á una idea repentina.) Espérese usted, señor comisario.

CAMAR. (Aparte á la Reina.) (¿Os vais á descubrir, señora?)

REINA. (No; voy á intentar una prueba.)

COMIS. Vamos, ¿qué quieres? (Con impaciencia.)

REINA. ¿Usté no conoce á *La Garduña?*

COMIS. No.
REINA. Ya lo veo.
COMIS. ¿Qué quieres decir?
REINA Que *La Garduña* soy yo.
COMIS. ¡Mujer de Dios! Haberlo dicho antes.
CAMAR. (Aparte á la Reina.) (Señora...)
REINA. (¡Calla!)
COMIS. Precisamente tienen que darte órdenes urgentes. Ven conmigo.
REINA. Eso sí que no puede ser.
COMIS. ¿Por qué?
REINA. Sospecharían...
COMISAR. Es verdad. Espera aquí. El jefe te mandará instrucciones. (Marchándose.)
REINA. Y qué ¿ya no me decomisa el Estado las naranjas?
COMIS. (Deteniéndose.) Quédate con ellas. A los partidarios del Gobierno no se les cobran las contribuciones. (Vase segunda izquierda.)
REINA. ¡Hola!
CAMAR. Señora, vámonos por Dios. Ved que podemos correr peligro.
REINA. De ninguna manera. Es preciso saber quién mueve los hilos de esta intriga de plazuela, que por lo visto es más temible que las de Palacio. ¡Gente viene! (Pregonando.) ¡Naranjas dulces! ¡Naranjas!...

ESCENA VII

LA REINA, LA CAMARERA y EL CESANTE que sale por la segunda derecha.

CESANTE. (Fijándose en las dos mujeres.) ¡Vaya un hallazgo! Si yo tuviera suelto, no eran pasteles y vino generoso lo que nos íbamos á tomar estas mozas y yo... Sobre todo yo.
REINA. ¿Una naranjita, caballero?
CESANTE. Gracias, no ha llegado la hora del postre.
REINA. Sirven también para abrir el apetito.
CESANTE. ¿Sí? Pues era lo que me faltaba. Abrirle un

poco más todavía. He hecho voto de no tomar nada entre horas, mientras no pueda comprar un buen destino.

REINA. ¡Cómo! ¿Es que los empleos se venden?

CESANTE. Yo no lo juro; pero eso dicen.

REINA. Pero ¿quién comercia con eso?

CESANTE. Pues... los que pueden, los de arriba. ¿Quién va á ser?

REINA. (Aparte á la Camarera.) (La verdad no llegaba á Palacio; pero desde que estoy en la calle me entra por los oídos á borbotones)

CESANTE. (Poniéndose entre las dos.) ¡Ah! Pero todo se va á acabar muy pronto. Tal vez hoy mismo.

REINA. ¿A ver? ¿Cómo?

CESANTE. ¿No sabéis que se prepara un movimiento revolucionario?

REINA. Ya; ¡contra el Gobierno!

CESANTE. ¡Chist! (Con misterio.) O puede que alcance más arriba. Ya no podemos con tanta inmoralidad ni con tanta hambre. Yo, por mi parte, transijo menos con el hambre que con la inmoralidad.

REINA. Y ¿hay mucha gente comprometida?

CESANTE. Todo el reino, como quien dice.

CAMAR. ¿Tú qué sabes?

CESANTE. ¡No lo he de saber, si casi, casi, soy el cabeza de motín!

REINA. ¿De veras, eh?

CESANTE. ¡Y que pienso portarme como un energúmeno! Prender fuego á todo lo combustible, decomisar todo lo comestible y comerme todo lo decomisado.

CAMAR. (¡Desgraciado!)

CESANTE. Ahora mismo voy á recorrer los alrededores, porque el momento se aproxima. Esperaos aquí si queréis ver lo bueno. (Medio mutis.)

REINA. Si que esperamos.

CAMAR. (Aparte á la Reina.) (Señora...)

REINA. (¡Silencio!)

CESANTE. (Volviendo á colocarse entre las dos.) ¡Ah!... En cuanto triunfe y cobre, os llevo á las dos de amas de gobierno. (Intenta cogerlas la cara cariñosamente y vase por el foro izquierda.)

CAMAR. Perdonadme, señora, pero continuar aquí sería una locura. ¡Está visto que la sublevación se dirige contra vuestra majestad!

REINA. Contra mí, no: contra la soberana que han inventado los que toman mi nombre. Además, hay un medio seguro de salvarse de las revoluciones.

CAMAR. ¿Cuál?

REINA. Dirigirlas.

CAMAR. ¿Qué vais á hacer?

REINA. Ya lo verás. Silencio, los guardias.

ESCENA VIII

LA REINA, LA CAMARERA y DOS GUARDIAS por la segunda izquierda, con mucho misterio.

GUAR. 1.° Una plaza.

GUAR. 2.° Dos mujeres.

GUAR. 1.° Una cesta.

GUAR. 2.° Las señas son mortales.

GUAR. 1.° ¿Quién de vosotras es *La Garduña?*

REINA. Yo. ¿Qué hay?

GUAR. 2.° Ordenes del jefe.

REINA. Vengan.

GUAR. 1.° Empezar el alboroto número quince.

GUAR. 2.° Y vocear más que nunca.

REINA. ¡Naranjas dulces! (Voceando.)

GUAR. 1.° No; el grito que sabes.

REINA. Ya; ¡muera el Gobierno!

GUAR. 2.° El otro.

REINA. ¿Cuál? (El Guardia 1.° la habla al oído.) ¡Naranjas!

GUAR. 1.° ¡Chist! Y procura que lo dé todo el mundo.

REINA. ¿Para qué?

GUAR. 1.° Para que nosotros tengamos pretexto de dar leña de firme.

REINA. ¿Y luego?

GUAR. 2.° Y luego fusilar y desterrar á los del partido contrario.

REINA. Muy bien.

GUAR. 1.° Para que la Reina vea cómo la defiende el

primer Ministro, y le asegure en el poder para toda la vida.

REINA. (Indignada de veras.) ¡Ah, canalla!

GUAR. 1.º Así, así; empieza cuando quieras.

GUAR. 2.º Y aunque te llevemos á la cárcel no te apures. Te soltarán en seguida.

REINA. (Más furiosa.) ¡Granujas! ¡Embusteros!

GUAR. 1.º ¡Más fuerte, más fuerte!

REINA. ¡Ah! ¿Creéis que es una farsa? Ya os desengañaréis vosotros y quien os envía. (Gritando mucho.) ¡A mí, ciudadanos!

GUAR. 1.º ¡A la cárcel!

REINA. ¡Socorro! (Empieza á tirar naranjas á los guardias, que se asombran dudando si aquello va en serio.)

CAMAR. Y se la van á llevar de veras... ¡Esto ya es demasiado! ¡Salid, vecinos!

REINA. ¡A mí, á mí todos! (Salen grupos de hombres y mujeres por distintos sitios amenazando á los guardias. La Reina sigue arrojándoles naranjas con verdadera furia.)

ESCENA IX

DICHOS. COMERCIANTE, PROPIETARIO, LABRADOR y CORO GENERAL.

Música.

REINA. ¡Un atropello
quieren hacer
y esta injusticia
no puede ser!

TODOS. ¡Fuera los guardias,
que en la ciudad
ya no queremos
autoridad!

(La gente va contra los guardias, que huyen. Alboroto y voces de ¡*Fuera!* ¡*A ellos!*)

CAMAR. (Aparte á la Reina)
(Quisisteis, señora,
llegar hasta el fin,

y por vuestra causa
estalla el motín.)

REINA. (A la Camarera.)
(Viendo de cerca
tal opresión,
tiemblo yo misma
de indignación.)

LABRAD. Libre el pueblo quiere ser
y las armas va á tomar,
nadie un dique ha de oponer
á los ímpetus del mar.

TODOS. (Con entusiasmo.)
Libre el pueblo quiere ser,
etc. etc.,

COMERC. Caiga al momento
la camarilla
que es del escándalo
firme sostén.

PROPIET. Y si es preciso,
quien la acaudilla
y quien la ampara
caiga también.

TODOS. ¡Si!
¡Caiga también!

CAMAR. (Aparte á la Reina.)
¿A quién aluden?

REINA. (Á la Camarera.) ¡A mí quizás!

CAMAR. ¡Os amenazan!

REINA. ¡Ahora verás!
(Á todos.) El pueblo necesita
de su abyección salir.
Si arriba está la causa,
arriba hay que subir.

TODOS. La naranjera
dice verdad.

CAMAR. (¡Se ha vuelto loca
Su Majestad!)

LABRAD. Aquí hace falta un hombre
de mucho corazón
que con certero golpe
redima á la nación.

TODOS. Pero es inútil advertir
que el que se atreva va á morir.

PROPIET. Echemos suertes.
TODOS. Es lo mejor
y al elegido
demos valor.
(El comerciante empieza á apuntar los nombres de los hombres en unos papelitos.)
REINA. (Aparte á la Camarera.)
Si el hombre designado
cumpliera su deber,
gravísimo peligro
mi vida va á correr.
CAMAR. (Á la Reina.) Dad vuestro nombre.
No esperéis más.
REINA. Puedo salvarme.
CAMAR. ¿Cómo?
REINA. Verás.
(Á los hombres.)
Esperad, que el sorteo
no es necesario
si se arriesga por todos
un voluntario.
PROPIET. ¿Qué dices? ¡Habla claro!
REINA. Digo que no.
De matar á la Reina
me encargo yo.
TODOS. No hay en todo el mundo
moza más valiente;
marcha al sacrificio
voluntariamente.
REINA. (Solemnemente.) Juro por quien soy
que he de hacerlo así.
A Palacio voy,
esperadme aquí.
TODOS. Ya por ella el sorteo
no es menester,
pues hay quien esa honra
quiere tener.
PROPIET. ¿No llevas quien te ayude?
REINA. ¡Digo que no!
¡De matar á la Reina
me encargo yo! (Vanse rápidamente por el foro derecha la Reina y la Camarera.)
TODOS. No hay en todo el mundo

moza más valiente;
marcha al sacrificio
voluntariamente.
Caiga al momento
la camarilla
que es del escándalo
firme sostén.
Y si es preciso,
quien la acaudilla
y quien la ampara
caiga tambien.

(Bajan todos con ímpetu hacia la batería.)

¡Libre el pueblo quiere ser
y las armas va á tomar!
Nadie un dique ha de oponer
á los ímpetus del mar!

(Suben todos con gran algazara y movimiento hacia el sitio por donde se fueron la Reina y la Camarera y cae el telón para la mutación.)

Mutación.

CUADRO TERCERO

Una galería en Palacio. Telón corto.

ESCENA I

El Periodista por la derecha.

(Dentro.) ¿No me conoce usted? Yo puedo entrar á todas horas. Voy á hablar al primer Ministro. (Sale con una máquina fotográfica de mano.) ¡Qué golpe! ¡Qué golpe de información tan estupendo! ¡Qué dato para la historia! ¡Qué triunfo para el fotograbado! ¡El colmo de la oportunidad periodística! (Examinando la máquina.) ¿A ver? Sí; el foco á cuatro metros; ésa calculo yo que será la distancia... Pero ¿dónde se habrá metido? Lo natural es que se haya colocado en la antecámara con cualquier pretexto. Voy á ver si puedo llegar allá sin infundir sospechas. (Al ir á marcharse por la izquierda, se encuentra con el Cesante que sale.)

ESCENA II

El Periodista, El Cesante por la izquierda.

Cesante. Hola, buen amigo.
Period. ¡Hola! ¡Usted aquí! ¿Pues no era usted uno de los conspiradores?

CESANTE. Era; pero he resultado paisano de un pinche de la real cocina, que me ha convidado á almorzar, y dejo lo de la conspiración para mañana.

PERIOD. Mentira.

CESANTE. ¿Eh?

PERIOD. Usted es un cómplice.

CESANTE. Cómplice, ¿de qué?

PERIOD. Vaya, no perdamos tiempo. Es preciso que usted me ayude.

CESANTE. ¿Yo?

PERIOD. Sí, señor; necesito sacar una instantánea del asesinato.

CESANTE. ¿Del asesinato de quién?

PERIOD. ¡Hágase usted de nuevas! ¡Estoy enterado de todo!

CESANTE. ¿Y qué es todo?

PERIOD. La naranjera se ha ofrecido á cometer el regicidio y usted viene á ayudarla.

CESANTE. ¡Caracoles!

PERIOD. Yo procuraré impedirlo, naturalmente; pero por lo que pueda ocurrir traigo la máquina. Comprenderá usted que una fotografía directa de un suceso tan importante convertiría mi periódico en el primero del mundo.

CESANTE. Pero ¿qué está diciendo este hombre?

PERIOD. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Ah! Por allí parece que se forma un grupo. ¡Cielos! ¿Se habrá cometido el crimen sin mi presencia? (Vase corriendo.)

CESANTE. ¡Crimen! ¡Regicidio! ¡Yo cómplice! ¡Está loco, por fuerza! Pero ¿y si dijera la verdad? ¡Qué ocasión se me presenta para hacerme hombre! Salvo á la Reina y no tiene más remedio que darme el destino. Yo voy á decírselo á alguien. ¡Hombre! Más á tiempo. (Viendo venir al primer Ministro.)

ESCENA III

EL CESANTE, EL PRIMER MINISTRO, seguido de un AYUDANTE Luego tres OFICIALES. Todos salen por la derecha.

MINISTRO. (Al ayudante, que se va por donde ha salido.) Dé usted la orden en seguida. El tumulto crece, y hay que dominarlo á toda costa.

CESANTE. (Acercándose tímidamente.) Si vuecencia me permite...

MINISTRO. ¿Otra vez? Ya he visto la instancia. El jefe le enviará la respuesta á su domicilio. (Paseándose agitadamente de un lado á otro de la escena y seguido siempre del Cesante.)

CESANTE. Hay una dificultad.

MINISTRO. ¿Cuál?

CESANTE. Que hoy por hoy no tengo domicilio, con perdón de vuecencia.

MINISTRO. Bueno; déjeme en paz y váyase.

CESANTE. Es que hoy no vengo á eso. ¡Vengo á hacer una denuncia grave!

MINISTRO. ¿Una denuncia? (Parándose.)

CESANTE. Sí, señor. ¡Se prepara un atentado contra la vida de Su Majestad!

MINISTRO. (Alarmado.) ¿Eh? Y usted ¿de qué lo sabe?

CESANTE. De que acaban de decirme que una mujer ha entrado secretamente en Palacio á cometer el crimen.

MINISTRO. ¿Una mujer?

CESANTE. Sí; una naranjera.

MINISTRO. (Tranquilizándose.) *(¡La Garduña!)*

CESANTE. (Pues señor, no le importa.)

(Se oye dentro un gran tumulto, que se aproxima paulatinamente.)

MINISTRO. ¿Eh? ¿Qué es eso? Las turbas se acercan.

(Se oyen dentro mueras y gritos.)

CESANTE. Y oiga vuecencia lo que dicen.

MINISTRO. (Se cumple la consigna.)

CESANTE. Creo que tendré una recompensa por haber avisado.

MINISTRO. (Sin hacerle caso.) ¡A ver!... ¡Pronto! (Salen tres oficiales.) Que cierren la puerta y que forme la guardia en el patio inmediatamente. (Vase un oficial.) Que se prepare á salir la caballería. (Vase otro oficial, por la derecha, como el anterior. Y llevaos á este hombre al calabozo, que hay que interrogarle.

CESANTE. ¿Cómo? ¡A mí! ¡Señor ministro!...

MINISTRO. Andando en seguida. ¡Y que se rompa el fuego inmediatamente.

CESANTE. ¿A que resulto cómplice sin saberlo?

(Se lo lleva el tercer oficial á empujones por la derecha. El alboroto interior sigue en aumento. La gritería es ensordecedora.)

MINISTRO. ¡Gritad! ¡gritad, imbéciles! que al gritar os están apretando más las cadenas. (Crece todavía más el tumulto. Se acentúan los mueras. Óyese lejos un toque de clarín.) ¡Adelante! (Con satisfacción.) ¡Esto marcha! (Vase por la izquierda.)

Mutación.

CUADRO CUARTO

La misma decoración del cuadro segundo.

ESCENA ÚNICA

Grandes grupos que se agitan y vociferan, mirando hacia el foro derecha. Entre ellos están EL COMERCIANTE, EL PROPIETARIO, EL LABRADOR y EL VENDEDOR de periódicos. Mucha animación. Al final, LA REINA, LA CAMARERA, EL PRIMER MINISTRO, GUARDIAS, GENTILESHOMBRES, PAJES y DAMAS.

PROPIET. ¡Silencio! ¡silencio! Algo grave ocurre en Palacio

LABRAD. ¡Toma! Habrán sorprendido á la muchacha.

COMERC. Esperad, esperad; la guardia se forma á la puerta.

LABRAD. ¿Eh?

COMERC. Y sale la corte.

PROPIET. ¿Qué habrá pasado?

LABRAD ¡Calle! Sí. Debe ser la Reina.

PROPIET. ¿La Reina? ¡Imposible!

COMERC. Toda la comitiva avanza hacia aquí. Vamos á salir de dudas.

VENDED. ¿Sabéis lo que creo? Que la naranjera habrá sabido la salida de Su Majestad y se ha ocultado entre los grupos para asegurar el golpe.

LABRAD. ¡Silencio! Aquí están todos. (En este momento la orquesta toca la misma marcha con que terminó el primer cuadro, y aparecen por el último término derecha Guardias, Gentileshombres, Pajes, Damas, el primer Mi-

nistro y, por ultimo, la Reina y la Camarera. Detrás de éstas, un piquete de soldados. Asombro y casi terror de todos los circunstantes, qne abren calle sobrecogidos.)

PROPIET. ¡La Reina! (Descubriéndose. Todos hacen lo mismo, inclinándose.)

VENDED. ¡Era la Reina!

LABRAD. ¡Estamos perdidos!

REINA. (Avanzando solemnemente.) Perdidos, no. Estáis salvados, y yo también. Os prometí volver, y vuelvo á deciros que he cumplido mi palabra. ¡La Reina ha muerto!

PROPIET ¡Cómo!

REINA. La que ahora ocupa el trono es otra Reina. Otra que ya conoce de cerca á sus vasallos y ha aprendido en la calle á gobernar á su pueblo.

MINISTRO. ¿Qué dice? (Asombrado.)

REINA. Caballero oficial, prended á ese hombre. (Señalando al primer Ministro, al cual se acerca un oficial inmediatamente.)

MINISTRO. Señora, yo...

REINA. ¡Silencio! ¡En marcha! (Vuelve á tocar la orquesta y continúa andando la comitiva.)

PROPIET. ¡Ciudadanos! ¡Viva la Reina!

TODOS. ¡Viva! (Irguiéndose y saludando con los sombreros. Sigue la música y)

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.
El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.
La gente menuda, ídem íd. íd.
El baile de máscaras, ídem id. íd.
Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.
La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.
La moral casera, comedia en dos actos y en verso.
La lavandera, sainete en un acto y en verso.
Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La obra, juguete cómico en un acto y en verso.
El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.
Los pajaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.
El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.
El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.
El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.
La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.
El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.
Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.
La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.
La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.
Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.
El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La espuma, comedia en un acto y en prosa.
El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.
Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.
Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.
Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.
El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches y D. José López Silva, música del maestro Montesinos
Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Esta obra se vende únicamente en el domicilio de la **Sociedad de Autores,** Florín, 8, bajo, Madrid.

Precio de cada ejemplar: **Una peseta.**